"Entiendo el ansia de los fans. Yo era así"

Por Elisia Silió (El País, 2009)

Con "El nombre del viento", el estadounidense ha realizado uno de los debuts literarios más exitosos de los últimos años. Es el comienzo de una trilogía fantástica que tardó siete años en escribir y siete en publicar. Desde su refugio en Wisconsin desanda su travesía

Hay días de invierno en Stevens Point, una localidad dispersa de 25.000 habitantes en medio de la nada de Wisconsin (Estados Unidos), en los que respirar hace daño y uno puede morir si deambula por la calle más de un minuto sin abrigo. Entonces los termómetros se resquebrajan a unos 30 grados bajo cero y la nieve alcanza un metro y medio. A Patrick Rothfuss, elevado hoy por críticos al Olimpo de la literatura fantástica, le hubiese gustado que esta entrevista se celebrase en estas condiciones extremas, pero la temperatura ronda esa jornada de diciembre unos moderados menos siete grados. Él, de 36 años, tuvo la "inmensa fortuna", dice, de criarse en Madison (Wisconsin), donde los largos inviernos y la ausencia de televisión por cable forjaron su afición por leer y escribir. Sin el frío y el apoyo materno, asegura, no habría hoy miles de seguidores ansiosos por comprar *El temor de un hombre sabio*, segunda entrega de su trilogía Crónica del asesino de reyes. La abrió en 2007 en Estados Unidos con *El nombre del viento* y de esta ópera prima, traducida a treinta idiomas, Plaza & Janés ha vendido en España 90.000 ejemplares sin apenas promoción y fue en agosto libro de la semana de Babelia.

"Mi editora, Betsy Wolheim, me dijo: 'El éxito es lo peor que le puede pasar a un escritor con su primera novela. Se paraliza. Me maravilla que sigas escribiendo", recuerda delante de una sopa de miso. Para el común es hora del desayuno, para Rothfuss, animal nocturno, el final del día. *"Piensas: ¿después de esto, cómo voy a hacerlo otra vez? El problema es que toda mi vida ha cambiado y es difícil controlar las emociones. Mi madre murió dos semanas antes de que saliese el libro, que para ella era como su nieto; he tenido un hijo..."*. Amparado por el inesperado colchón económico, Rothfuss disfruta este curso de una excedencia como profesor de literatura y lengua inglesa en la Universidad de Stevens Point; ha pasado de trampear para llegar a fin de mes a comprarse una casa y tener otra para escribir; ha contratado a una asistente que le ayuda a digerir la fama y ha visitado Europa.

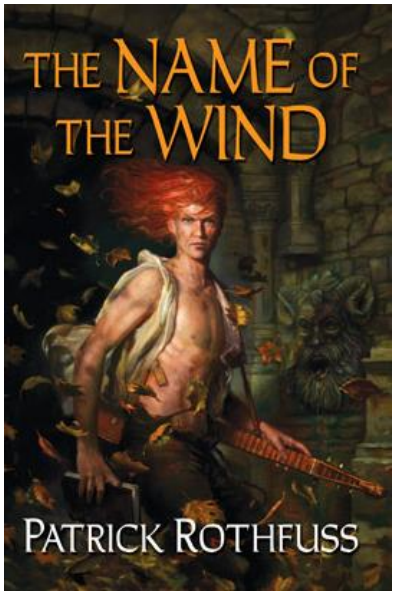
Amazon.com seleccionó su obra entre las diez joyas ocultas de 2007 y obtuvo el Premio Quill a mejor libro fantástico. Una magnífica recompensa para tantísimos años de trabajo: siete dedicados a la escritura y otros siete a la búsqueda de agente y editor -llegó a enseñar el texto a 200 personas- y a la revisión del arranque. Confiesa que se emborrachó de euforia y estuvo semanas encerrado en casa contestando correos de fans. Hasta que dijo basta. Tenía que replantearse su vida, tener vida social y reescribir la continuación. Amazon ha anunciado ya seis fechas de publicación y él se desquicia. *"Da igual que lo niegue en mi blog, la gente prefiere creerles a ellos. Entiendo a los fans, yo era así. Prometí concluirlo en un año y no cumplí. No voy a hablar de plazos. Saldrá cuando sea bueno. Creo que va a tener el doble de calidad que el primero"*. Rothfuss cambió parte de la primera entrega y su final ya no casa con la segunda, que superará las mil páginas. De ahí el nuevo engranaje para un tomo con sexo y más violencia.

El nombre cuenta la historia de una venganza. La del arcano Kvothe que pierde a sus padres, cómicos ambulantes, a manos de los chandrianes, seres salidos de una canción popular para matar al cantante y al público que escuchaba. Un drama trufado con humor. *"Cuando todo es tragedia, opresivo, necesitas unas risas para relajarte y seguir con el melodrama"*, sostiene. *"Esa una de mis preocupaciones en las traducciones. ¡El humor es tan cultural! Para unos países las flatulencias son divertidas y para otros no"*, razona. *"Me asombra que otros autores no hablen con sus traductores. Es fundamental en un libro como el mío con tantos juegos de palabras y bromas. He escrito un documento en las que está todo lo que tienen que saber y ellos me plantean sus dudas. ¡Gemma (Rovira, la traductora al español) me ha mandado 100! Estoy feliz"*.

Rothfuss parece arrancado de su novela de corte medieval con su guardapolvos de cuero negro, rematado con una capa corta, y una descuidada barba. Un personaje más de su cosmos gélido, siniestro y cruel, que uno no imagina se pueda construir viviendo en la cálida Florida. *"No me había parado a pensarlo, pero sí, los paisajes en la novela están ligados a Wisconsin. Hay muchos árboles, como los que cubren el 40% del Estado, y su invierno es casi tan malo como el de aquí"*.

Su universo es anónimo y eso que quiso bautizarlo. *"Si mi hijo, que es lo más importante de mi vida, ha estado un mes sin nombre, ¿cómo iba a ponérselo a mi mundo?"*, se pregunta el padre primerizo. *"Quiero que la gente piense: es un mundo real en el que nunca he estado antes. No como en esos libros en los*

que te sientes como en el plató de una película, donde si doblas la esquina ves que el edificio es de cartón piedra", prosigue contando en una sala de la universidad, tomada por un rastrillo benéfico navideño y hogareñas chimeneas en las que se arremolinan los estudiantes. Algunos le saludan por los pasillos. Es la celebridad local. "*Yo me tomo muy en serio las clases, pero en el aula soy muy informal. Juramento mucho, la verdad es que no tengo muy buen comportamiento".* Se troncha.



Su fijación es recrear un mundo personal de estar por casa, sin descripciones enciclopédicas, pero sí cuidando hasta el mínimo detalle de la narración. Un escenario muy distinto del épico y legendario de *El señor de los anillos*, en la que ni remotamente alguien pagaría por tomarse una cerveza. En *El nombre* no hay hadas, elfos o enanos, sino escrales (arañas "con patas tan cortantes como cuchillas de afeitar"), un draccus de dientes planos adicto a la resina o los temidos chandrianes, que nadie sabe si son hombres q ue vendieron su alma o demonios. Su cosmos lo pueblan personas de carne y hueso que mercadean, votan a un partido y se comunican en distintos dialectos. *"Si no hay nada razonable en tu mundo fantástico, entonces no tiene sentido lo que cuentas. Por eso en el libro se cuestionan los beneficios de asistir a la universidad, o se plantea el machismo y el clasismo. La gente es racista, mala. Eso es real, no lo que cuentan las novelas perfectas".*

La música es un personaje más de la trilogía, pero él no se considera un melómano. *"Quizá eso sea bueno. Sé que no es muy popular decir esto, pero si se escribe sobre lo que sabe mucho el resultado no es emocionante".* Y eso que su hambre de saber le convirtió en el eterno estudiante. Durante nueve años picoteó en Stevens Point, donde hoy da clases, conocimientos de ingeniería química, filosofía, psicología, literatura, antropología... *"Una vez me dijeron: 'Tienes que estar en la universidad hasta que te des cuenta de que todas las materias son lo mismo".* Lo cumplió a rajatabla y se ha servido de lo aprendido para narrar el paso de Kvothe por la universidad para graduarse en magia. *"Tengo un tesoro de pequeños saberes, suficientes para poder contar y no aburrir. Quiero que el lector piense: si supiera un poco más sería capaz de hacer el encantamiento".*

Antes de que se publicase *El nombre*, Rothfuss recibió ofertas de cine. *"A los grandes estudios les encanta hacer películas fantásticas, pero luego no se quieren gastar 100 millones de dólares. Estoy encantado de que no se haya hecho. Esta novela es mi bebé, he trabajado en ella tantísimo tiempo que me gustaría que se apropiase de la historia alguien con mucha sensibilidad. Es fácil rodar escenas épicas de batallas, pero aquí no las hay. Es una historia dramática y personal".*

Al fin Rothfuss ha encontrado la paz necesaria para escribir en un viejísimo caserón de madera verde sin Internet. Ni un ruido en la noche, su jornada de trabajo. Tan sólo el repiqueteo de su antiguo teclado de ordenador. Le agrada tanto que, en previsión, hereda y compra todos los que

puede. Abrumado por las obligaciones sobrevenidas con el éxito, el pasado verano se decidió a contratar un asistente y así lo anunció en su página de Facebook. Valery, una veinteañera de Montana licenciada en folclore y devota de la literatura fantástica, no lo dudó y cruzó medio Estados Unidos en su coche para instalarse al calor de uno de sus autores favoritos. La estafeta de Correos es su segunda oficina. Los seguidores envían libros y él los firma a cambio del importe del envío y un regalo: chicles de café, un pequeño ataúd o un mapa de Canadá decimonónico, por ejemplo. Además, otros autores le regalan libros dedicados que él vende para donar el dinero a una ONG. Los 25.000 euros recaudados en 18 días dan idea de su tirón.

En junio publicará un cuento The Adventures of the Princess and Mr. Whiffle junto al ilustrador Nathan Taylor. Y le tienta convertir El nombre en un cómic. *"Escribo seis horas diarias de la trilogía y necesito hacer otras cosas para mi salud emocional".*

Dos días después de este encuentro se declaró el estado de emergencia por nieve en Stevens Point y Rothfuss volvió a sentirse afortunado.

Fonte: https://elpais.com/diario/2009/12/26/babelia/1261789943_850215.html

La matrioska de la fantasía

Por Javier Sauras (Fabulantes, 2012)

"He robado princesas a reyes agónicos. Incendié la ciudad de Trebon. He pasado la noche con Felurian y he despertado vivo y cuerdo. Me expulsaron de la Universidad a una edad a la que a la mayoría no los dejan entrar. He recorrido de noche caminos de los que otros no se atreven a hablar ni siquiera de día. He hablado con dioses, he amado a mujeres y he escrito canciones que hacen llorar a los bardos. Quizá hayas oído hablar de mí". (Patrick Rothfuss, El nombre del viento)

Patrick Rothfuss (Wisconsin, 1973) es un ladrón, un embaucador, un charlatán, un embustero, un robacorazones, un actor de opereta, un caradura, un tipo ingenioso y un mago con las palabras. Kvothe, su personaje protagonista, es un calco de su creador. El tándem que forman entre los dos ha alumbrado uno de los debuts más aplaudidos del género fantástico en la última década.

Es complicado encontrar una crítica que ataque con dureza *El nombre del viento* (Plaza y Janés). Difícil, casi imposible. La ópera prima de Rothfuss cuenta con esa extraña bendición mezcla del beneplácito entre críticos y lectores. Tan sólo en España, el libro ha alcanzado unas ventas superiores a los 300.000 ejemplares. Es cierto que Plaza y Janés apostó fuerte por el joven norteamericano y que la traducción de Gemma Rovira hace la lectura tan trepidante como la del texto original, pero no es menos cierto que *El nombre del viento* ha sido aupado al olimpo de

los best-seller por el boca a boca en internet. Foros, blogueros y páginas web han contribuido enormemente a difundir el fenómeno Rothfuss.

No obstante, esta gran baza puede convertirse en una trampa cuando el lector avezado de fantasía se acerca a la novela atraído por sus lisonjas. En la gran ruleta de las comparaciones, Rothfuss suele caer en el área de los más grandes. Su profundidad se relaciona con la de Tolkien, su debut con el de Susana Clarke, su éxito confronta al de George R.R. Martin y su originalidad recuerda a muchos a la de Úrsula K. Le Guin. Él, sin embargo, no oculta sus preferencias por el humor de Terry Pratchett y por la firmeza de las historias de Tim Powers.

Rothfuss, orgulloso jugador de rol, nos sitúa en la posada Roca de Guía, donde un tabernero llamado Kote y su ayudante, Bast, llevan una vida tranquila en un pueblo pequeño en el que la mayor preocupación de sus vecinos es hablar de las guerras lejanas y comentar cómo irá la cosecha. A la posada llega el Cronista, un personaje que se dedica a recopilar historias y reseñar las vivencias de los famosos de los Cuatro Rincones de la Civilización, el lugar en el que se desarrolla la novela.

El Cronista descubre que su anfitrión es, en realidad, Kvothe, una celebridad prófuga que abandonó sus días de aventuras y desapareció dejando infinidad de rumores tras de sí. El protagonista accede a contar su vida a cambio de que Cronista le escuche durante tres días enteros y no omita ningún detalle.

Las casi 900 páginas de *El nombre del viento* corresponden a esa primera jornada. En ella, Rothfuss intercala la narración en primera persona del propio Kvothe, que explica cómo su vida fue moldeada por la búsqueda de un misterio, con un estilo en tercera persona que interrumpe el relato cuando alguien nuevo entra en la taberna. Así, la novela se convierte en ocasiones en una muñeca rusa, con una historia que encierra otra historia que, a su vez, esconde otra más.

La búsqueda de Kvothe parece ser una continuación de uno de los muchísimos relatos que se cuentan en la novela: la historia de Lance y la Guerra de la creación. De hecho, toda la saga de *Crónica del Asesino de Reyes* (que engloba a los dos libros publicados hasta el momento) puede servir como excusa para que Rothfuss reúna a sus lectores alrededor de una hoguera de 900 páginas y les cuente, una tras otra, todas las historias que se le ocurrieron durante los siete años que tardó en escribir *El nombre del viento*.

Siete años, de los nueve que el norteamericano pasó en la universidad, donde ingresó como estudiante de ingeniería química, pasó por psicología, recorrió clases de antropología,

astronomía, literatura medieval y acabó licenciándose en inglés. Esta educación poliédrica, vaga, alejada de los cánones que rigen los estudios superiores en Estados Unidos, resulta reveladora para entender a Rothfuss, poco estajanovista como autor y como estudiante.

Su formación química la aprovecha en la novela para inventarse un sistema mágico, la simpatía, que intenta responder a leyes naturales como la física o las matemáticas. El gran truco de Rothfuss es naturalizar el pacto al que se tiene que enfrentar todo lector de fantasía: aceptar la imaginación del autor como evangelio y que todo lo inverosímil en la novela tiene siempre una explicación lógica. Leyendo al de Wisconsin, todo resulta creíble.

Rothfuss presenta la magia con cuentagotas; en pequeñísimas dosis al principio, educando al lector a la vez que la aprende el protagonista, hasta que acaba haciéndose habitual en el relato. Esta suerte de homeopatía fantástica, que también emplea George R. R. Martin, sirve de puente para los más escépticos con el género. Quizá ese sea otro de los factores que expliquen por qué El nombre del viento ha arrasado en las librerías.

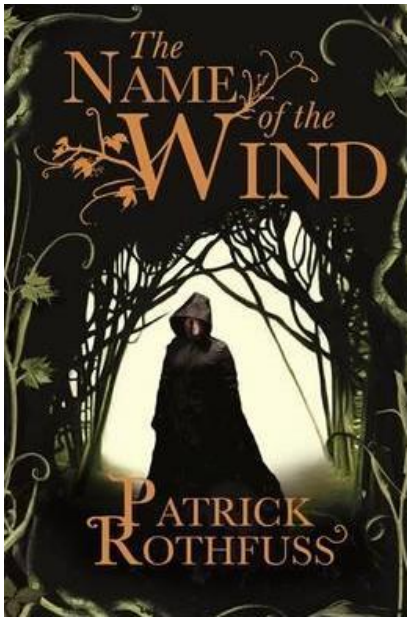
Hay que ser justos con el norteamericano: puede que no sea un renovador del género, pero limitar sus referencias literarias a la fantasía es quedarse cruelmente escaso. En el primer día de su relato, Kvothe pasa por escenarios de la novela romántica, de la victoriana, de la picaresca y de la realista, conoce a personajes de todas las épocas, y vive hambre, frío, miedo, odio y deseo.

El nombre del viento intenta abarcarlo todo. Si lo consigue o fracasa es algo que los lectores tendrán que decidir, pero si quieren ser honestos sólo podrán hacerlo después de que el ladrón, el embustero, el embaucador, el ingenioso y carismático Rothfuss termine su saga. La segunda parte, *El temor de un hombre sabio*, salió a la venta hace tan sólo dos meses. El final, como siempre, todavía está por llegar.

Fonte: https://www.fabulantes.com/2012/02/el-nombre-del-viento-patrick-rothfuss/

El nombre del viento

Reseña en El Biblionauta, 2015
Por Daniel Genis



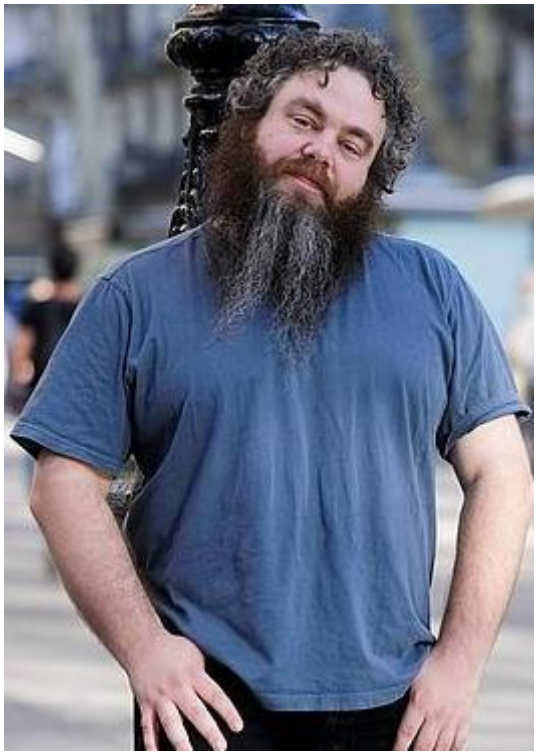
Cierro *El nombre del viento* y me viene a la cabeza una pregunta: ¿Ya no queda nada nuevo que decir en la fantasía épica? No es la primera vez que me hago la misma pregunta al terminar algún libro de este género. Así como en la ciencia ficción contemporánea o el terror da la impresión de que los autores han sido capaces de explorar nuevos caminos, nuevas soluciones imaginativas que no son una y otra vez revisitar lugares conocidos, en el caso concreto de la fantasía épica esto parece que no ha sido así. Hacía mucho que quería entrar en el mundo de la *Crónica del asesino de reyes*, la aclamada trilogía de Patrick Rothfuss que se inicia con este libro, precisamente porque había leído en otros blogs de confianza donde me dejo caer a veces que se trataba de una obra portentosa y a la altura de los grandes nombres del género (Tolkien, Le Guin). Pero lo cierto es que una vez terminado el libro me ha invadido un honda sensación de agotamiento (quizás por las más de 800 páginas) y, sobre todo, de decepción. Me esperaba mucho más después de todos los elogios recogidos por la ópera prima de Rothfuss. Quizás ese fue el problema. Las malditas expectativas.

La Crónica del asesino de reyes es la historia del mago Kvothe, uno de los más poderosos que ha habido en el mundo, ahora semirretirado y trabajando como hostelero bajo una falsa identidad en un antro en el culo del mundo. Esta historia nos es contada a través de un larguísimo flash-back en tres libros, de los que de momento Rothfuss (que por lo visto sufre de lo que algunos han bautizado como "síndrome Martin") sólo ha terminado los dos primeros. En *El nombre del viento*, que funciona a modo de presentación de toda la trilogía, se nos habla de los años de formación del protagonista, hasta su adolescencia. Alternando, pues, una voz narrativa en 3a persona del singular para narrarnos lo que ocurre en el presente y una en 1a para los hechos narrados por el propio Kvothe, sabemos a propósito de su infancia con sus padres, unos comediantes ambulantes que viven de la interpretación y el canto (lo cual determinará su gusto por el laúd), del arcanista, Ben, que le habla por primera vez de los fundamentos de la simpatía, de la magia, y los misteriosos Chandrian, una secta secreta de poderosos brujos. Auténtico prólogo al primer libro, se cierra con su paso traumático a la edad adulta. Esta época queda bien reflejada en los años de mendigo y ladrón en la ciudad de Tarbean, donde Kvothe desarrolla un sentido práctico de la vida que le irá muy bien en el futuro. Tarbean es como el Londres donde malvive el *Oliver Twist* (1839) de Dickens, con el que mantiene muchas similitudes Kvothe en este largo, y algo cargante, primer acto de nuestra historia.

De hecho, hasta que Kvothe no llega a Imre, a la Universidad, en su objetivo de conocer más a fondo la magia y, de rebote, aquellos fabulosos Chandrian, la cosa no se empieza a espabilar. Con este ritmo digresivo se entiende que el autor haya necesidad tantas páginas para contarnos una historia que, en el fondo, da la impresión de no necesitar tantas para decir lo mismo. En la Universidad conocerá algunos personajes importantes para la historia, como sus amigos Simmon y Wilem, Denna, una auténtica mujer fatal de la que se enamora como un adolescente (de hecho es lo que es, a pesar de todo lo que ha tenido que vivir) y Ambrose, su archienemigo estos años. También a algunos profesores, en especial el Élodin, el más extravagante de todos y aquel que lo introducirá en los secretos de los nombres y las cosas, y que nos hará saber sobre el nombre del viento y qué significa el título de esta obra. Una universidad de magia para jóvenes, un grupo de amigos, un primer amor, un contrincante arrogante y adinerado que le hará la vida imposible, profesores a favor y en contra… Inevitable no pensar en las aventuras para adolescentes de J. K. Rowling y su escuela de Hogwarts. Pero por encima de esta referencia creo que es mucho más importante otra: la de la escuela de magos de Roke de la *saga de Terramar*, de la escritora Ursula K. Le Guin. Tanto en esta parte del nudo de la historia de Kvothe como en las páginas finales, donde toma importancia todo lo referente al origen mágico de los nombres y que son en mi opinión de las mejores del libro, es más que evidente la deuda impagable de Rothfuss con su ilustre predecesora.

Pero no sólo. De este libro se ha dicho que recuerda también George R. R. Martin y a Tolkien. En cuanto al primero, quizá por su voluntad desmitificadora, nada épica, realista. Una muestra de ello la encontramos en las constantes referencias al dinero (o a su falta). Del segundo, en cambio, ya me cuesta más encontrar rastros. Alguna referencia (intencionada, da la impresión) a anillos mágicos, la cuidada etimología de nombres de lugares y personas, las diferentes lenguas que se utilizan (a destacar el esfuerzo de Gemma Rovira en la traducción castellana para mantener la gracia del hablar rústico de algunos personajes), pero más bien parece que Rothfuss se aleja intencionadamente de la influencia de Tolkien. Hasta el punto de frivolizar en algún momento con toda esta manía de algunos de construir elaboradas cosmogonías y sobre la que Rothfuss pasa de puntillas en esta su primera obra, a pesar de hacernos saber algunas cosas de las creencias religiosas de los habitantes de su mundo y de su particular mitología. Todavía, leyendo *El nombre del viento*, me ha venido a la cabeza otra novela de fantasía que aquí no ha tenido el eco que debería haber tenido, a pesar del éxito despampanante que tuvo en el mundo anglosajón (de hecho fue galardonada con el Premio Hugo): *Jonathan Strange y el Señor Norrell* (2004) de Susanna Clarke. No por la ambientación ni el estilo literario, sino por el tratamiento adulto que se hace del elemento mágico.

El nombre del viento es una obra entretenida y ligera, que se lee con rapidez a pesar de su longitud. Tiene algunos aciertos innegables: resulta interesante el discurso en torno a la distorsión que sufre la vida del protagonista, por ejemplo, convertido en leyenda, distorsión tan típica de las literaturas de tradición oral. Ahora bien, hay que calibrar si esto es suficiente para compensar la inversión en tiempo que supone. Por otra parte, hay que admitir que no es un portento de



originalidad. En el ensayo *El héroe de las mil caras* (1949), Joseph Campbell destacaba la existencia de una estructura discursiva idéntica en las aventuras de los héroes en todas las civilizaciones: partida, iniciación, apoteosis y retorno. Da la impresión de que, nuevamente, Rothfuss nos ofrecerá una fantasía épica convencional que seguirá fielmente este esquema. Si el fondo no es muy original, debo decir que la forma tampoco me ha seducido. El autor dilata innecesariamente algunas historias, no va al grano. Además, el sentido del humor y algunos diálogos contravienen absolutamente la verosimilitud histórica (nada que ver con Tolkien) y parecen más propios del siglo XXI (de adolescentes del siglo XXI en algún punto algo sensiblero) que de una indeterminada edad antigua. En cuanto a los personajes, coincido con lo que han dicho algunos, que son planos y evolucionan poco, o no evolucionan. No hay ambigüedades notables como, por ejemplo, en la obra de Martin.

Ahora bien, me queda la esperanza de que algunos de estos defectos se irán corrigiendo en las secuelas. Algunas de las cosas que se apuntan en las últimas páginas de este primer acto pintan bastante bien y son las que me hacen mantener la esperanza viva. ¿Qué pasa con los Chandrian, de los que casi no se ha descubierto nada en este primer libro, a pesar de que es el motor que mueve las decisiones del protagonista? ¿Qué hay detrás de aquella intrigante puerta de piedra de los Archivos, y a la que nadie hace referencia, título precisamente de la tercera y última parte de la trilogía (prevista para 2016)? Pese a lo que he dicho, todavía me quedan ganas de coger cuando tenga tiempo y fuerzas el segundo volumen, *El temor de un hombre sabio* (2011). Confío en que Rothfuss encontrará la energía que necesita para explicarnos más (de eso estoy convencido) y mejor (ya veremos) lo que queda de la historia del mago Kvothe. Un apunte al respecto, antes de terminar: la segunda parte tiene nada menos que 1.200 páginas. Hoy en día parece que no vale la pena escribir fantasía épica por menos de una trilogía de mil páginas la pieza. En fin…

Fonte: https://elbiblionauta.com/es/2015/01/25/el-nombre-del-viento-2007-patrick-rothfuss/